



En lo alto de la Sierra Madre de Chiapas, en la ciudad colonial de San Cristóbal de las Casas, se cruzan culturas de todo el mundo. Hippies europeos con *rastas* que aprenden tzotzil, indígenas tzotziles que conversan en tzeltal con sus vecinos, compañías de mestizos que ofrecen *tours* "culturalmente responsables" a los poblados indígenas, evangelistas provenientes de Estados Unidos que convergen en los suburbios más pobres con la intención de convertir a los lugareños. Y en el camino que atraviesa la colonia Nueva Esperanza se lee un anuncio, clavado en un costado de la fábrica de muebles: "Se necesitan carpinteros". A un lado, un sencillo letrero dice: "No hay más Dioses que Allah, y Muhammad es Su Mensajero. Misión para el Da'wa".

Alberto de Jesús López se interesó por la oferta de trabajo, por lo que acudió al llamado de inmediato. El letrero no dice que el taller pertenece a la primera comunidad musulmana de Chiapas, que la mayoría de los trabajadores practican los dictados del islam ni que sus jefes son los misioneros musulmanes españoles que los convirtieron. Pero eso no le molestó a Alberto de Jesús López, pues consiguió el trabajo de inmediato y ahora, mientras pasa cuidadosamente la lija sobre la pata de una silla, piensa que quizá también se convertirá. "Me gusta la forma en que conviven. Hay un espíritu de cooperación y hermandad", dice.

Si lo hace, Alberto no sólo cambiará de religión sino que ingresará en un ambicioso experimento de ingeniería social. Para los 300 lugareños -en su mayoría tzotziles de Nueva Esperanza, y algunos tzeltales, tojolobales y mestizos- que llegaron antes que él, el islam, el que practica la Misión para el Da'wa, ha significado trabajo, educación y un sentido comunitario que habían perdido. Para sus

Dominga Gómez Hernández, de 45 años, vive en San Cristóbal de las Casas y se hace llamar Huaraca. Todos sus hijos llevan nombres islámicos como Saira, Habibulah, Khalil y Amhed.

vecinos, en cambio, ha sido fuente de sospechas y enemistad. Y para la organización internacional que respalda a la Misión significará, algún día y con suerte, el fin del mundo como lo conocemos. Es decir, el triunfo del islam conllevaría el surgimiento de una nueva sociedad regida por el respeto y la dignidad.

No es que se lo hayan dicho a Alberto, o a alguien más, pero la Misión fue fundada por seis familias españolas a mediados de los años noventa con la intención declarada de llevar el islam a los indígenas. Los españoles son sufis, esa rama poética del islam que utiliza la danza y la encantación para lograr una cercanía mística con Dios. Pero también les interesa el bienestar material de las cuarenta familias que se han unido a ellos. Han construido una comunidad con pequeñas industrias como la fábrica de muebles, una panadería y un taller de costura para emplear a sus miembros y atraer a quienes aún no lo son. Hay una cocina donde las familias comen juntas (mucho cordero, pan de trigo entero, poco chile y manteca) y una escuela islámica adonde algunos de ellos mandan a sus hijos. Los adeptos han tomado nombres árabes, sus mujeres usan velos en la cabeza. Algunos incluso han hecho *el hajj*, la peregrinación anual a La Meca.

En la carpintería, Mustafá Gómez Gómez pasa una tabla por la sierra. Es musulmán desde hace tres años y luego de que la tabla se parte perfectamente en dos, apaga la máquina para platicar. "Aquí es ciento por ciento mejor", dice. "Yo era católico, pero con eso vino la vida fácil de beber y otros vicios. Pero ya no



chupo. Me siento mucho más contento conmigo mismo y con mi familia". Los otros carpinteros aprueban los dichos de Mustafá.

Y realmente existe una sensación de que las cosas están mejor. Aquí nadie grita, no se hacen payasadas alrededor de las máquinas y todas las herramientas se hallan acomodadas en su lugar. Pero no sólo se trata de carpintería, explica el director del taller, Javier Coy, un hombre delgado y de voz suave oriundo de Córdoba, España. "Aquí se han suprimido los dos grandes enemigos de esta sociedad, que son el asalariado y el empresario. Son dos enemigos que tienen intereses enfrentados", dice por encima del sonido de las sierras. "Aquí los hemos suprimido e impuesto las figuras del maestro y el agremiado". Todos los talleres de la Misión son gremios. Los agremiados aprenden el oficio, pero también "cortesía, respeto y confianza mutua", la base del *din*, la forma de vida islámica. Y cuando están listos, los trabajadores -es decir, los agremiados- emprenderán sus propios talleres, propagando el *din*.

"¿Y cuánto les pagan?", pregunto, pero aparentemente ese no es el punto. "Nadie trabaja aquí por el salario, sino por el proyecto, que es más interesante", dice Javier Coy. De hecho, los hombres reciben dinero, aunque es más como una remuneración que un sueldo por hora. Nunca supe exactamente cuánto, pero Mustafá dice que es suficiente para vivir. Eso se debe en parte a que la comida la proporcionan los miembros de la Misión. A las once en punto hacen una pausa para un *tentempié*,

La Misión para el Da'wa llegó a Chiapas a mediados de los 90. Hasta hoy, su fundador, el español Aureliano Pérez Yruela -conocido como el emir Naifa- no ha conseguido legalizar esta asociación.

reuniéndose a ambos lados de una larga tabla que hace las veces de mesa. Los más jóvenes sirven café al mismo tiempo que se colocan sobre la mesa canastas de *baguettes* de la panadería de la Misión. Luego dicen una oración en árabe y se ponen a charlar en sus lenguas nativas.

Envió una carta al subcomandante Marcos. Proponía una alianza para continuar la lucha zapatista "bajo la bandera del islam".

حج حشيب

Daoud Abdel Salaam, indígena tzotzil, tiene casi sesenta años. Su español es titubeante, pero aun así se las arregla para expresar una verdad central del islam: "Es más correcto musulmán, es conocimiento más exacto". El catolicismo, dice, "es un desorden".

La antropóloga Mónica Jorba afirma que los musulmanes conversos experimentan "un momento de lucidez extraordinaria que les da seguridad". Y nadie lo ha experimentado más visceralmente que Daoud y sus compañeros en la Misión. Casi todos eran protestantes del poblado cercano de San Juan Chamula, un pueblo gobernado por la elite católica que ejerce su poder mediante el control de interminables festivales religiosos y la venta de alcohol. Pero los protestantes no beben ni participan en las fiestas. Considerados una amenaza para el orden social, 25.000 protestantes fueron expulsados violentamente de sus casas entre los años setenta y noventa. Al-